

se abrió paso por entre el enemigo, y al fin llegó á México, *después de haber pasado la mayor parte del lago de Texcoco á nado.*»

Como se ve, ni la retirada fué correcta, ya que tras de los jefes caían en las barrancas, compañías enteras, que eran abandonadas por sus compañeros; ni aquellos hombres conservaron su valor, pues que en la obscuridad de la noche creyeron ver *mil y quinientos* liberales, donde no había más que 300 caballos y unos cuantos indios cazadores de patos.



XXII.

SITIO DE MÉXICO.



El día 12 de Abril de 1867, el General Franco, al frente de dos escuadrones de la División de Guadarrama, ocupaba la Villa de Guadalupe, y el mismo día ocupó el Peñón el General Leyva.

Al día siguiente se encontraban al frente de la capital toda la artillería y la infantería republicanas, y las Divisiones de Guadarrama y del General D. Manuel Toro.

El General Porfirio Díaz empezó desde luego su admirable trabajo de asedio, que debía realizarse con insuficiente cantidad de tropas y sobre una ciudad cuya línea de circunvalación no medía menos de 16 kilómetros al dar principio á las operaciones.

«Desde mi aproximación á México, comencé á establecer una línea de aproche sobre la ciudad, tomando por base los terraplenes que forman las riberas del Río del Consulado. Así ocupé todo su frente occidental, desde el rancho de Santo Tomás hasta cerca de Chapultepec. Establecí primero mi Cuartel General en la Villa de Guadalupe, y en Mayo lo pasé á Tacubaya, en donde permaneció hasta la ocupación de la plaza.

«El General Guadarrama, que tan buenos servicios me había prestado con su caballería en el ataque de San Lorenzo y persecución de Márquez hasta Texcoco, recibió orden del Cuartel General del Ejército del Norte, para concentrarse en Querétaro; y esta circunstancia me puso en condiciones de suspender por algunos días las operaciones de circunvalación, obligándome á colocar estratégicamente fuer-

zas separadas unas de otras, pero que pudieran combinarse para mantener á raya á los sitiados.

«Á poco de retirado el General Guadarrama, y cuando aún me hallaba apremiado por la carencia de fuerza para establecer bien la línea de circunvalación, en los últimos días de Abril de 1867, recibí una carta del Sr. General Escobedo, manifestándome que necesitaba de mi auxilio, además del que ya le había mandado con el General D. Juan N. Méndez, y aun me indicaba que con mucho gusto se pondría á mis órdenes, si lo aprobaba el Supremo Gobierno, á quien ya se dirigía sobre el particular.*

«Contesté al General Escobedo, que me movería después de algunos días que pensaba aprovechar para asegurar al enemigo, y para hacer venir de Puebla una suficiente provisión de municiones, que pudiera servirnos á los dos, pues en verdad importaba para mí un sacrificio dejar tropas poco consistentes sobre México para ir á auxiliarle. De todos modos se paseó por mi mente la idea de un inmediato asalto, lo cual contrariaba mis planes respecto de la capital, por lo que ella pudiera sufrir, y respecto de mis tropas, por el sacrificio que, sin ser el caso muy urgente, les impusiera.

«Resolví, pues, en mi ánimo, dejar al frente de México unos cinco ó seis mil hombres que evitaran se moviera su guarnición, á no ser que haciéndolo toda ella abandonara la plaza, y cuya guarnición no debería bajar de un efectivo de 8,000 soldados, que más bien podía haberse aumentado por las levadas que á última hora extremó Márquez en la ciudad. Mas cuando me disponía á obrar como indicaba en mi contestación al General Escobedo, recibí nueva carta de él, de que fué conductor el Teniente Coronel D. Agustín Lozano, en la que me hablaba en términos consoladores, y sus razones eran suficientes para indicarme que, mejorada su situación, no le eran ya indispensables mis servicios.

«A virtud de ello, seguí reforzando el sitio de México, limitándome, por lo que toca al Sr. General Escobedo, á atender inmediatamente una solicitud suya, respecto de un convoy de municiones que le

* Á fines de Abril de 1867, el General Escobedo decía en una de sus cartas al General Díaz, lo siguiente:

«Si no viene Ud., levanto el campo y concentro mis fuerzas sobre otro punto, porque ya no me es posible mantener la extensa línea de sitio. Venga Ud., y con su presencia todo cambiará. En cuanto al mando, inútil es decirlo, yo me consideraré muy honrado si Ud. me juzga digno de militar á sus órdenes.»

envié, formado de treinta carros, y el cual fué encargado de conducir el mismo Teniente Coronel Lozano.

«En los días que habían transcurrido, sucesivamente fueron llegando nuevas tropas que había mandado organizar en algunos Estados de mi cargo, á la vez que lo hacía la artillería procedente de Puebla, y así continué mis trabajos de sitio hasta llegar á completarlo. Al efecto, armé canoas con piezas de montaña para cerrar la línea en el área que ocupaban las lagunas, y establecí un puente flotante desde San Cristóbal hasta el Peñón de los Baños, con el fin de comunicarme con los puestos que hostilizaban la plaza por su parte oriental.

«Para sostener el consumo de municiones que se hacía en el sitio de México, mandé establecer grandes talleres en Puebla y en la fundición de Panzacola, y ordené prolongar el servicio de transportes, que el ferrocarril sólo hacía hasta Apizaco, adonde llegaba, aprovechando para ésto un gran número de carros de mis trenes, que conducían de Puebla á Apizaco municiones y cañones.

«La mayor parte de la artillería que me sirvió en el sitio de México, había sido tomada en Puebla y en el alcance á Márquez, pues antes sólo tenía á mi disposición 26 cañones.

«Como Puebla, antes de la invasión, había servido de estación á los convoyes que surtían al ejército de artillería y municiones, y poco mas ó menos, durante el período del Imperio, había seguido prestando el mismo servicio, excepción hecha de los cañones útiles que el enemigo tenía cuando yo la ocupé, que serían, sumando los de los fuertes, ochenta y tantos, guardábanse más de ciento cincuenta desmontados en almacenes, que, durante el sitio de México, iban montándose y remitiéndose. La mayor parte de esos cañones eran de fierro y muy pesados; pero á falta de mejor artillería, y para posiciones fijas, me prestaron muy buenos servicios. Por lo demás, conté siempre con la suficiente artillería de batalla y montaña, para poder hacer con ella maniobras al ser necesario.

«Antes de cerrar el sitio, hizo el enemigo, con fuerza considerable, una salida ofensiva entre la Escuela de Agricultura y una pequeña hacienda contigua, la de la Ascensión, atacando una paralela que defendía el Coronel Téllez Girón, quien abandonó su puesto. Me trasladé al lugar en peligro y ordené al General Cravioto, que era el que estaba más cerca, que me siguiera con un batallón de su línea, á la vez que ordenaba que al paso veloz ocurriera la Brigada Carreón. Con la fuerza de Cravioto y mi escolta, fué bastante para detener al enemigo y hacerle retroceder á sus trincheras, ayudado en esta ope-

ración por la artillería, que con amplio campo de tiro, desde una gran extensión de nuestras paralelas, podía dirigirle fuegos convergentes.

«Cuando el General Escobedo tomó á Querétaro, el 15 de Mayo de 1867, me lo comunicó por el telégrafo que teníamos en corriente, y yo hice llevar la noticia á la plaza de México; pero Márquez se empeñó en desmentirla, asegurando que Maximiliano había triunfado y que estaba en marcha con sus fuerzas victoriosas para proteger la capital. Ni la circunstancia de que se me pedía permiso, que concedí, para que salieran de la plaza sitiada los defensores nombrados por el Archiduque, fué suficiente para evidenciar la verdad de los sucesos, que astutamente desfiguraba, según su natural interés, el Jefe de la plaza.

«Acompañó á esos defensores, que lo fueron D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martínez de la Torre, á Querétaro, en donde tenía lugar el juicio del Archiduque, el señor Barón de Lago, encargado de negocios de Austria, y en esta vez tuvo conmigo una conversación, en la que me hizo presente lo que desde antes me había mandado manifestar el Príncipe de Khevenhüller, esto es, que los soldados austriacos que estaban en la plaza de México, creían que, una vez capturado Maximiliano, había cesado su misión; y que, para no agravar la suerte de su soberano, tenían el propósito de no tomar parte ninguna en las operaciones militares que tuvieran lugar en México. Me limité á oír la manifestación del Barón de Lago, sin darle respuesta alguna, ni menos hacerle promesa de ninguna especie.

«Para mejor explicar la situación de las fuerzas extranjeras, haré una ligera retrogradación en el orden cronológico de estos apuntes.

«Aun antes de la ocupación de Querétaro y captura de Maximiliano, se me habían acercado algunos agentes suyos, con varias proposiciones más ó menos autorizadas. Desde el 18 de Abril de 1867, y cuando todavía no estaba perfecta la línea de circunvalación, salió de la ciudad el padre Fischer, secretario particular de Maximiliano, según él decía, á quien recibí en la hacienda de los Morales, y me propuso la abdicación del Emperador, á condición de que se le permitiera salir del país sin exigirle responsabilidad por todos los hechos ocurridos durante el período que él llamaba de su Gobierno. A lo cual contesté, haciendo regresar inmediatamente al Padre á la plaza, diciéndole que no tenía facultades para entrar en esos arreglos. De tal hecho di conocimiento al Supremo Gobierno.

«Algunos días después salió la Princesa de Salm Salm, una señora de los Estados Unidos, casada con un oficial austriaco que estaba

en Querétaro al servicio de Maximiliano, con pretensiones análogas á las del padre Fischer, aunque se manifestaba menos exigente, y agregaba que las fuerzas extranjeras que estaban directamente á las órdenes de Maximiliano, se pondrían desde luego fuera de la acción militar. Mi respuesta á la primera proposición de la princesa, fué poco más ó menos la misma que al padre Fischer; y sin averiguar si tenía ó no autorización para hacer la segunda proposición, puesto que de todos modos no me parecía aceptable, ni la tomé á lo serio, ordené á la Princesa que volviera á México y protegí su entrada hasta donde era posible.

«Después, cuando hubo más datos en la plaza respecto de la pérdida de Querétaro y prisión de Maximiliano, volvió á salir la Princesa de Salm Salm, con objeto de ir á Querétaro á ofrecer sus servicios á su marido y al Archiduque, lo que le permití, facilitándole su viaje, así como lo hice respecto de los Ministros extranjeros y defensores del Archiduque que salieron con el mismo objeto.

«El Príncipe Khevenhüller, jefe de las fuerzas húngaras y austriacas que estaban entre las que defendían á México, me ofreció que no tomaría parte ya en ningún combate, pues que aunque Márquez y los suyos negaban el hecho de la captura de su soberano, él no lo dudaba, y en la creencia de que toda resistencia armada podría perjudicar á Maximiliano, más bien que servirle, y no teniendo él otro objeto en el país que su servicio, me avisaba que seguiría esa conducta si en cambio le ofrecía yo que le permitiría marchar al puerto de Veracruz con todos los jefes, oficiales y tropa que estaban á sus órdenes, con objeto de embarcarse con ellos para Austria. Contesté á Khevenhüller que le concedería lo que solicitaba si rompía la línea de los sitiados, se me presentaba en Tacubaya y me entregaba sus armas, municiones y caballos que no fueran de propiedad particular; y que en cambio, yo le facilitaría los recursos pecuniarios y vehículos que necesitara para llegar con sus subordinados hasta Veracruz y embarcarse allí.

«Khevenhüller me expuso que le era imposible ejecutar lo que yo proponía, pero que se encerraría con toda su fuerza en el Palacio Nacional, y en los momentos en que empezara algún combate, izaría su bandera blanca y se abstendría de tomar parte en él; y que esperaba, que por esta conducta le concedería yo las consideraciones que á mi juicio fueran de equidad, pues su principal objeto era no hacer difícil la situación de su soberano.

«El enemigo hizo algunas inútiles intentonas sobre la línea de cir-

cunvalación, y la principal fué la que encabezó Márquez por La Piedad, en los últimos días del sitio, probablemente con el objeto de abandonar la plaza y salvar la fuerza que le quedaba, que á virtud de sus levas pudo aumentar considerablemente, aun en medio de sus difíciles circunstancias, teniendo, como tenía, armas y municiones en abundante acopio.

«Estando yo una mañana en la oficina del Cuartel General en Tacubaya, en los primeros días de Junio, por el 9, se hizo oír un fuego de cañón, casi general, en la línea del enemigo, y de fusilería muy nutrido en los puntos fortificados que él tenía en La Piedad é inmediatos, lo mismo que en el Puente de Los Cuartos. Salí inmediatamente con mi Estado Mayor y escolta hacia el citado puente, y encontré, cerca de La Condesa, al Coronel D. Venancio Leyva, que, sobre la marcha, me dió parte de haber sido forzado ese puente de Los Cuartos y destrozado allí su batallón. Esto pasaba cerca del campamento que tenía el General Terán, con los batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca,» que estaban á sus órdenes.

«Tomé inmediatamente el 1º y lo hice marchar á paso veloz hacia el repetido puente, que estaba ya casi en poder del enemigo, pero en el cual hacían todavía una suprema defensa, con una parte del batallón que Leyva suponía destrozado, el Teniente Coronel Jaramillo, del mismo batallón, por un lado, y por otro, el Mayor del propio Cuerpo, D. Manuel María de Zamacona, defensa que vigorizaron al ver que me aproximaba maniobrando ya sobre el enemigo.

«Al correr al lugar del combate, había dejado órdenes al General Terán para que siguiera mi marcha en columna, con los batallones 2º y 3º de Oaxaca, y á buen paso, para que no llegaran fatigados ellos al encuentro. Había mandado órdenes también al General D. Francisco Naranjo, que estaba acampado con su División de caballería en la Hacienda de los Morales, y al General Félix Díaz, que estaba con la suya en Coyoacán, para que concurieran con sus respectivas fuerzas adonde me dirigía. Pocos momentos después que arribé al puente, mandé hacer alto al General Terán, antes que se descubrieran sus dos batallones á la vista de la artillería enemiga, y al Coronel Loera, que por ausencia del General Naranjo conducía la División de caballería, hacia el mismo puente de Los Cuartos, le envié orden semejante para que suspendiera su avance entre La Condesa y Chapultepec. Cosa igual dispuse respecto del General D. Félix Díaz, que formó con su División en los llanos de Nalvarte.

«Juzgué inútil que todas aquellas fuerzas recibieran el fuego de

la artillería contraria, cuando advertí que con el batallón que llevaba conmigo bastaba para hacer retroceder á los sitiados, y efectivamente, tras de una carga volvió el enemigo á sus posiciones.

«La artillería con que nuestra línea estaba dotada en el trayecto amagado, funcionó activamente sobre las Columnas de Márquez, que regresaban á la plaza con grandes dificultades, porque como para salir sólo habían tenido un puente sobre la zanja cuadrada, su retirada por ese puente les hizo perder mucho tiempo, y, por consiguiente, muchos hombres y caballos.

«El terreno que hay entre el puente de Los Cuartos y La Piedad quedó cubierto con numerosos muertos y heridos. Pretendí recoger á los segundos, pero al salir mis ambulancias con sus respectivas banderas á ejecutar mis órdenes, de las trincheras de la plaza dispararon sobre ellas y me hirieron y mataron algunos ambulantes, por cuyo motivo ya no insistí en aquella operación, puesto que se trataba de heridos del enemigo, que ni recogía ni me dejaba recoger.

«Los heridos permanecieron en el más completo abandono por varios días, hasta que murieron por haber quedado á la intemperie, y por falta de asistencia médica y auxilios oportunos.

«Cuando toda la guarnición de México se convenció, hasta la más completa evidencia, de que Querétaro había caído en poder de las fuerzas nacionales, y que Maximiliano y todo su ejército estaban prisioneros, la desmoralización cundió rápidamente en ella.

«La situación de los sitiados, por otra parte, se hacía cada día más difícil por la falta de víveres para sostener, no solamente á sus tropas, sino á la gran población de la capital.

«Mientras que las fuerzas de la plaza disminuían diariamente, las mías aumentaban de un modo considerable, pues todos los días recibía refuerzos importantes.

«En los últimos días del sitio llegué á contar con 28,000 hombres.

«Las fuerzas sitiadoras estaban colocadas en esos últimos días en esta forma: El General Corona, con la División de Occidente, en la Villa de Guadalupe; el General Riva Palacio, con la División del Sur, en Mexicaltzingo; el General Hinojosa, con la División del Norte, en el Peñón Viejo; el General Naranjo, con la caballería, en la hacienda de los Morales, y el General D. Félix Díaz, con la fuerza de caballería que había traído de Oaxaca, en la hacienda de Portales. El General Terán, con la primera Brigada organizada en Oaxaca por el General D. Manuel González, el batallón de «Fieles de Oaxaca,» el escuadrón Juárez y la escolta del Cuartel Gral., formaban la reserva en Tacubaya.

«La desmoralización en la plaza y la falta de municiones de boca se habían hecho tan sensibles, que llegaban á manifestármese por medio de proposiciones de algunos jefes de ella, para defecionar y facilitarme su ocupación, proposiciones que no quise aceptar, porque tenía la seguridad de ocuparla, sin compromisos ni transacciones, muy pocos días después.

«En mi marcha de Texcoco para la Villa de Guadalupe, se acercó á mí, procedente de México, la Sra. Doña Luciana Arrazola de Baz, esposa de D. Juan José Baz, que me acompañaba, y me manifestó que el General D. Nicolás Portilla, que á la sazón figuraba como Ministro de Guerra en México, la había comisionado para que me ofreciera la entrega de la Capital, mediante algunas concesiones á él, á los principales Jefes del Ejército Imperialista y á funcionarios de la Administración, aunque la primera impresión de aquel señor, agregó, era buscar una fusión entre los dos ejércitos, bajo la base de que, unidos, reconociéndose recíprocamente los empleos que tenían los jefes de cada uno, procedieran de acuerdo para establecer un nuevo orden de cosas, que no fuera ni el llamado Imperio de Maximiliano, ni el Gobierno Constitucional del Señor Juárez.

«Por supuesto que deseché aquellas extravagantes proposiciones, y ni siquiera las quise estudiar en su forma menos desfavorable, que era la rendición condicional de la plaza, y contesté que sólo admitiría la rendición á discreción.

«El General O'Horan me mandó decir con un hermano del Lic. D. José M. Aguirre de la Barrera, que después ocupó en mi línea el puesto de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, que tenía empeño en hablar conmigo, y *que me convenía el asunto*

«Su enviado me trajo una pequeña linterna con una lente roja, y me dijo que mostrar la luz roja sería la señal para que saliera O'Horan á hablar conmigo. Fui en la noche hasta muy cerca de la garita de Peralvillo, más acá del rancho de la Vaquita, y me coloqué en una zanja fangosa con cuatro muchachos de los tambores y cornetas, porque para estos casos son buenos los muchachos, pues no tienen miedo, y una vez en la zanja, saqué la linterna, pero al ver el enemigo la luz colorada, nos lanzó todos sus fuegos de artillería y fusilería, que no nos causaron ningún perjuicio, por estar metidos en la zanja, sin que O'Horan saliera á hablarme. Cuando calmó el fuego, despedí á los muchachos de uno en uno y volví á mi posición, no por la calzada que estaba enfilada por los fuegos del enemigo, sino atravesando los potreros.

«Al día siguiente me volvió á mandar O'Horan al Señor Aguirre de la Barrera, diciéndome que lo dispensara por lo que había pasado la noche anterior; que Márquez estaba en la trinchera en los momentos en que yo me acerqué é hice la señal convenida, y que cuando vieron la luz roja se alarmaron, pues comprendieron que no podía venir sino el enemigo. Me citó de nuevo, pero entonces yo no fui sino hasta la Vaquita.

«Salió O'Horan en esa vez, me halló y me ofreció entregarme la plaza, lo mismo que á Márquez y á los demás jefes principales, sin más condiciones que extenderle un pasaporte para el extranjero.

«Le contesté que no podía hacer nada de eso, porque consideraba la plaza como mía, y que en cuanto á los demás jefes, yo cumpliría con mi deber. Me replicó O'Horan que, en efecto, la plaza sería mía; pero que los POLLOS GORDOS (fué su frase) podían escaparse, mientras que aceptando lo que me proponía, todos caerían

«Convencido de que yo no aceptaría sus proposiciones, me dijo:

—¿Tiene Ud. mucho empeño en fusilarme?

—No, Señor, le contesté; si Ud. cae en mis manos, lo único que haré será cumplir con mi deber.

—¿Si Ud. sabe dónde estoy escondido, me mandará aprehender?

—Si alguno viene á denunciarme dónde está Ud., tendré que mandarlo aprehender: no puedo ofrecer más ni menos

—Está bueno, me contestó; agregando al retirarse:

—Ojalá que pueda Ud. deberme algo

«Como dos ó tres días antes de la rendición de la plaza, pidió permiso para hablar conmigo el General Tabera, en representación de Márquez, con objeto de proponerme la rendición de la plaza, mediante condiciones. Contesté á Tabera que podía venir á hablarme; pero que no admitiría la rendición de la plaza condicionalmente, y como había muchas versiones vulgares, le participé también que no hablaría conmigo solo, sino en presencia de algunos Generales del Ejército.

«Vino, sin embargo, Tabera, le recibí en la Casa Colorada, en presencia del General Alatorre; le invité á almorzar con nosotros, y le repetí lo que antes le había mandado decir, esto es, que no podía obtener condición alguna para la entrega de la plaza.

«Al día siguiente de mi conversación con el General Tabera, desapareció Márquez de la plaza de México, y Tabera me mandó un recado con el Cónsul General de los Estados Unidos de América, Mr. Marcos Otterbourg, repitiendo su petición de garantías y ofreciéndome

dome la plaza. Recibí personalmente, en la puerta de Chapultepec, á Mr. Otterbourg, y no sólo no quise informarme en detalle de las proposiciones que traía el encargo de hacerme, sino que no le permití bajar de su carruaje, y le advertí, que me ocupaba en esos momentos de dirigir el ataque sobre la ciudad, y que le daba sólo cinco minutos para regresar á ella; en la inteligencia de que, si pasado ese tiempo aún estaba su coche sobre la calzada, comenzaría mis fuegos sobre él. Esperé, sin embargo, que el coche de Mr. Otterbourg se perdiera de vista, más allá de la estatua de Carlos IV, para hacer la señal que ordenaba un fuego general de artillería sobre la plaza, y movimiento de todas las Columnas hacia las garitas que respectivamente tenían á su frente.

«Como una vez iniciado el fuego de cañón, los de la plaza ya no podían ver á las Columnas en movimiento, y éstas sí podían recibir mis órdenes, porque mi telégrafo de banderas estaba fuera del círculo invadido por el humo y el polvo, ordené á las Columnas, algunas maniobras de que no se apercibió el enemigo. Nuestros fuegos de cañón fueron contestados por la plaza; y como la artillería enemiga, lo mismo que la nuestra, disparaban proyectiles huecos, cuando el enemigo suspendió sus fuegos de cañón, creímos por algunos momentos que todavía contestaba á los nuestros.....»

«El vigilante del Caballero Alto, avisó que en una de las torres de Catedral aparecía una bandera blanca. Mandé suspender el fuego, y entonces se vió que en todas las trincheras de la plaza se había puesto bandera semejante. Á la vez que cesó el cañoneo, salió un coche, también con bandera blanca, por la calzada de la Reforma, y llamada entonces del Emperador, en el cual llegaron á Chapultepec los Generales Peña, Díaz de la Vega, Palafox y otro cuyo nombre no recuerdo, que venían á poner la plaza á mi disposición, comisionados á este efecto por Tabera, puesto que desde el día anterior no se tenían noticias de Márquez.

«Cuando llegaron á Chapultepec los comisionados de la plaza sitiada, nombré al General Alatorre para que se entendiera con ellos, y le di instrucciones para que no aceptara más que una rendición absoluta. Los respectivos comisionados firmaron una capitulación incondicional, que fué ratificada el mismo día por mí y por el General de los vencidos.

«Una vez firmada la capitulación, previne al General Tabera, por conducto de los Generales que le representaban, que permaneciera con el mando hasta el día siguiente, en que pasaría yo, después del

toque de diana, á tomar posesión de la ciudad, y que todo continuara hasta esos momentos bajo su cuidado.

«Inserto en seguida el texto de la capitulación:

«El General de Brigada del Ejército Republicano, ciudadano D. Ignacio R. Alatorre, nombrado por el ciudadano General en Jefe del Ejército de operaciones, Porfirio Díaz, para ajustar la ocupación de la plaza de México, y los Sres. Generales del Ejército Imperial, D. Miguel Peña, D. Carlos Palafox y D. Manuel Díaz de la Vega, nombrados por el Sr. General D. Ramón Tabera, después de mostrarse sus respectivos poderes, y encontrándolos en forma, han convenido en los artículos siguientes:

«1º Cesan desde luego las hostilidades, hasta la ratificación del presente convenio.

«2º Las vidas, propiedades y libertad de los habitantes pacíficos de la plaza, quedan bajo la garantía y protección del ciudadano General Díaz.

«3º El Sr. General Tabera nombrará una comisión compuesta de tres personas, que pondrán la plaza á disposición del General Díaz, en la forma siguiente: un empleado de Hacienda para este ramo; un General para las fuerzas imperialistas, y un jefe de artillería para el material de guerra. El General podrá ser el jefe del Estado Mayor. Igual número de personas serán nombradas por parte del ciudadano General Díaz para hacer la recepción.

«4º Las fuerzas imperiales nacionales, al ser relevadas de las líneas que ocupan, se reconcentrarán en la Ciudadela, donde quedarán reunidas para su entrega. La contra-guerrilla Schenet, se acuartelará en San Pedro y San Pablo, y las otras fuerzas extranjeras en Palacio.

«Los señores Generales, jefes y oficiales, conservarán sus espadas y se presentarán en los locales que se designen, á la hora que acordarán los señores Generales en jefe. En dichos locales permanecerán hasta que el ciudadano General Díaz reciba instrucciones.

«Los artículos anteriores se ejecutarán á la hora que se fije, después de ratificado el presente convenio, del que se sacarán dos ejemplares.

«Chapultepec, Junio 20 de 1867.—I. R. ALATORRE.—MIGUEL PEÑA.—CARLOS PALAFOX.—M. D. DE LA VEGA.—Ratifico el presente convenio: PORFIRIO DÍAZ.—Ratifico el presente convenio: RAMÓN TABERA.»